



La carrera de Ian

Había una vez, en un pequeño pueblo, un niño llamado Ian con muchas ganas de crecer y aprender. Vivía con sus padres, su hermana mayor Clara y su hermano Oliver, que acababa de nacer. En casa siempre había actividades y pequeñas aventuras, pero Ian a menudo se sentía un poco perdido entre las atenciones que necesitaba el bebé y las obligaciones escolares de su hermana.

Para añadir algo de emoción a su rutina, se apuntó a la carrera de atletismo que el pueblo organizaba cada año. No era una prueba de velocidad, sino de resistencia y esfuerzo, dos cualidades en las que quería mejorar. Sabía que ganar no sería fácil, pero estaba decidido a entrenar con todo su corazón.

Cada tarde, después de hacer los deberes, salía a correr por los campos de los alrededores. Al principio se le cansaban pronto los pies y le faltaba el aire a los pocos minutos. Pero con cada entrenamiento notaba las piernas más fuertes y la respiración más firme.

Al ver su esfuerzo, Clara decidió acompañarlo. Ya practicaba atletismo en el colegio y podía darle buenos consejos.



—Ilan, es importante mantener un ritmo constante y no salir demasiado deprisa —le explicaba mientras recorrían los senderos entre los campos de trigo.

Con su apoyo, Ilan empezó a mejorar mucho. Aumentaron su resistencia y su confianza. Además, aquellos ratos con Clara se convirtieron en un tesoro: podía sentirse especial y escuchado, lejos del ajetreo que rodeaba al pequeño Oliver.

Por fin llegó el día de la carrera. Con el dorsal puesto y las zapatillas bien atadas, Ilan se colocó junto a los demás participantes en la salida. Miró el camino que tenía por delante con una mezcla de emoción y nervios.

La prueba fue un desafío. Corredores expertos y principiantes avanzaban juntos hacia la meta. Ilan recordó los consejos de su hermana, mantuvo un ritmo constante y administró bien su energía. A mitad de recorrido empezó a adelantar a quienes habían salido con demasiada fuerza.

Al cruzar la meta no quedó primero, pero consiguió un magnífico tercer puesto. Sus padres, Clara y el pequeño Oliver lo recibieron entre aplausos y gritos de orgullo.

Esa noche comprendió que el esfuerzo y la dedicación tienen recompensa, y que el deporte puede fortalecer tanto el cuerpo como los lazos familiares. La carrera le había enseñado que no siempre se gana una competición, pero esforzarse también puede ser una victoria personal.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.